

Nuevo presidente de la Cámara de Diputados, Iván Flores (DC) y parlamentarios de la oposición.



El desafío de la oposición: Enfrentar la relegitimación neoliberal

En tiempos de desesperanza aprendida, puede hacerse compleja la tarea de buscar contenido y realidad al rechazo a la agenda del Gobierno, pero es un objetivo urgente.

Fernando Atria | Abogado

¿Cómo debe enfrentar la oposición el despliegue de la agenda legislativa del gobierno de Sebastián Piñera? Para responder esta pregunta, es fundamental identificar el contenido de esa agenda y la estrategia que para realizarla el Gobierno está siguiendo. Habiendo hecho eso, tendremos que preguntarnos cuál es el fin que la oposición debe perseguir con su acción.

A diferencia del primero, el segundo Gobierno de Sebastián Piñera tiene una meta política clara: viene a *relegitimar el modelo neoliberal* luego de que fuera impugnado (con mayor o menor eficacia, esa es otra cuestión), primero por los movimientos sociales (el movimiento estudiantil de 2011, No+AFP) y luego por el programa y por el Gobierno de la Nueva Mayoría. La agenda relegitimadora de la actual administración no podría ser más clara: *relegitimación del mercado*

en educación (de la selección y eventualmente del copago), de las AFPs (para eso, de hecho, el Gobierno está dispuesto a comprometer entre 3,5 y 6 mil millones de dólares de recursos fiscales frescos), de un esquema tributario de corte neoliberal (en que las empresas no pagan impuestos y los controles de la elusión son extraordinariamente débiles), etc.

LA ESTRATEGIA DEL GOBIERNO

El Gobierno sabe que esta agenda relegitimatoria no puede ser perseguida directamente: la reforma tributaria no puede ser defendida diciendo que es necesario dar al poder económico un tratamiento privilegiado, aunque de hecho lo hace; la reforma educacional no es defendida diciendo que busca volver a hacer de la educación un «bien de consumo», aunque se mueve en esa dirección; la reforma de pensiones no será posible si es vista por la ciudadanía como el rescate de las AFPs, etc. Y aquí entonces la derecha en el Gobierno aprende de lo que ha logrado la derecha populista en otras partes del mundo.

Se trata de una estrategia importada que se caracteriza por la total indiferencia a la verdad o corrección de lo que se dice cuando lo que se dice permite avanzar («fake news», «post-verdad», etc.). No se trata de ser ingenuos: no es que solo ahora aparezca en la política la indiferencia a la verdad. Sin embargo, hoy puede decirse que en el mundo en general, y en Chile en particular, la derecha populista ha elevado esta estrategia a un principio de gobernanza que reclama legitimidad democrática, y esto es nuevo.

Los ejemplos se multiplican, cuando uno ya sabe lo que está buscando. Hace unos días el Ministro de Hacienda informó al país que los cálculos contenidos en el informe financiero de la reforma tributaria subestimaban el impacto de la reforma en la recaudación tributaria, entre otras cosas, porque «no habíamos calculado», dijo, «que cuando nosotros precisamos el concepto de gasto rechazado eso puede tener aparejado una menor recaudación»¹.

La explicación es inverosímil: ¿por qué le interesaría al Ministro de Ha-

•

*Parte de lo que exige la
tarea de volver a levantar
la idea de derechos sociales,
en lo que se refiere a
pensiones o a salud o a
educación, es mostrar que la
izquierda tiene propuestas
transformadoras
técnicamente validadas.*

•

cienda «precisar» el concepto de «gasto rechazado»? ¿Por un prurito académico-conceptual? Evidentemente no: es que el Gobierno cree que se están rechazando gastos que deben ser aceptados. El concepto se «precisa» para producir un impacto recaudatorio, no por pulcritud lingüística. Por lo tanto, cuando el ministro dice que el informe financiero (es decir, la información oficial que el Gobierno envía al Congreso sobre el costo de la reforma) es incorrecto porque no se percató de que cambiar el concepto de gasto reservado podía afectar la recaudación, está tomándole el pelo a la ciudadanía. Y cuando con esta información volvemos atrás y recordamos la discusión que causó en su momento ese informe financiero (que fue usado por el Gobierno para negar la regresividad de la reforma), la finalidad de la omisión se hace evidente: minimizar la regresividad de la reforma y, de ese modo, lograr una «primera impresión» distinta de la correcta.

No se trata de un caso aislado. Durante el verano, la Ministra de Educación recorrió Chile reuniéndose con familias que le relataban su experiencia con el Sistema de Admisión Escolar (SAE) de la Ley de Inclusión. Buscaba transmitir la idea de que el SAE limitaba la libertad de elegir de padres y apoderados. Para esto, iba

de ciudad en ciudad, reuniéndose con familias previa y cuidadosamente seleccionadas para que relataran una historia de postulación frustrada. Luego usó la suma de estas historias para justificar la necesidad de una reforma que «devolviera» a los padres el «derecho de elegir».

Cuando apareció un estudio de la Universidad Católica que mostraba que los estudiantes con buenos resultados académicos no habían sido perjudicados, la Ministra lo desechó condescendentemente: «Aquí lo importante son historias, historias de jóvenes con méritos, y nosotros creemos que ellos tienen el derecho a que su mérito sea reconocido al momento de elegir el liceo al cual aspiran a llegar»².

Algo similar respondió la ministra vocera de gobierno cuando le preguntaron por el sentido de apoyar un proyecto de ampliación del control preventivo de identidad, pese a que todos los datos y los estudios mostraban su total ineficacia: «Muchas veces los argumentos académicos no logran ver la realidad, no logran saber lo que siente un vecino y no sintonizan con lo que sufren las familias chilenas»³.

A los casos anteriores, que son solo los más recientes, podríamos agregar otros: la campaña de desinformación con la que el Gobierno justificó su rechazo al Pacto Global para las Migraciones, la manipulación comunicacional en que consistió el llamado «comando jungla», que fue presentado haciendo aspavientos del entrenamiento y material militar con el que estaba dotado... lo que era falso, como reconoció el Ministro del Interior cuando, interpelado en la Cámara de Diputados a propósito del caso Catrillanca, declaró que en la Araucanía «no ha habido ningún cambio en ningún arma ni munición de lo que se viene ocupando hace años»⁴, los videos que aparecieron durante la tramitación del proyecto «Aula Segura» (y que desaparecieron cuando el proyecto

1 *El Mercurio*, 3 de marzo de 2019.

2 *CNN*, 14 de marzo de 2019.

3 Declaraciones a *Teletrece Radio*, reproducidas en *La Segunda*, 19 de marzo de 2019.

4 «Nuyado apunta a la responsabilidad política y Chadwick recalca que 'hicimos lo que otros no hicieron' en dura interpelación», en *El Mercurio*, 11 de diciembre de 2018.

fue aprobado), etc. Todos estos hechos muestran que se trata una estrategia que, en estricta consonancia con lo que ha hecho la derecha populista en otros países (notablemente, en Estados Unidos) busca lograr avanzar en la agenda de relegitimación neoliberal sin presentarla como tal y alegando lo que sea oportuno según el último informe de la encuesta CADEM, acusando a las críticas que muestran las falsedades de los afirmado como críticas «elitistas» de «intelectuales» o «académicos» desvinculados con la realidad de las personas.

CÓMO ENFRENTAR ESTA POLÍTICA

La estrategia a la que el Gobierno ha recurrido es una estrategia peligrosa, porque erosiona las condiciones fundamentales de la discusión pública esencial para la representación democrática. A pesar de eso, se trata de una estrategia que será, al menos en el corto plazo, exitosa (el caso Catrillanca muestra que a veces ese corto

plazo es demasiado corto... la apuesta de una estrategia como esta es que lo demagógico de sus promesas se va a hacer evidente en algo más de tiempo, i al menos tres años!). Y si la estrategia es exitosa en el corto plazo, será extremadamente difícil para los demás actores políticos no sumarse a ella, porque eso sería arriesgarse a perder.

En este contexto, la oposición deberá aprender a actuar en dos registros: por un lado, impugnar y denunciar esta estrategia populista, que atenta en contra de la posibilidad misma de la discusión pública y la democracia representativa. Por otro, responder a estos intentos oblicuos de relegitimación no con pura negación, sino con una visión alternativa. La oposición a «Admisión justa» es una oportunidad para volver sobre el gran logro que significó la Ley de Inclusión (de hecho, este hoy es valorado sin ambigüedades por toda la oposición, incluyendo a elementos del Frente Amplio que fueron considerablemente más tibios cuando

la Ley de Inclusión fue aprobada), y la oposición a la ampliación del control de identidad preventivo es una oportunidad para hablar sobre la actual ineficacia de la labor policial y la necesidad de un auténtico acuerdo transformador respecto de Carabineros, etc.

Esto último, sin embargo, supone en la oposición la capacidad de ir dando contenido y realidad a una alternativa política a la relegitimación neoliberal que propone el gobierno. ¿Es este supuesto razonable?

ENFRENTANDO UNA DESESPERANZA APRENDIDA

¿Por qué vivimos lo que parece ser el momento más auspicioso de la derecha en décadas? No es, a mi juicio, que la demanda de transformaciones a la que intentó responder el Gobierno anterior fuese inexistente; no es que el «sentido común» sea el que hoy intentan interpretar José Antonio Kast y la Ministra de Educación con «Admisión justa» y el



Presidente con la ampliación del control preventivo de identidad de menores. La explicación está en una suerte de *desesperanza aprendida*: la constatación de que los esfuerzos transformadores son fútiles, porque la transformación es imposible. Como consecuencia de sus divisiones internas, de la improvisación de algunos de sus proyectos centrales y de la candidatura de Alejandro Guillier (tanto el modo en que fue decidida como en su contenido, su indecisión en materia de AFPs, su ambigüedad respecto de la condonación o suspensión del CAE, etc.), hoy las fuerzas políticas de la antigua Nueva Mayoría no son agentes creíbles de un proceso transformador (al menos, por ahora tampoco lo son las del Frente Amplio).

La derrota de la izquierda, entonces, no es consecuencia de que los chilenos han olvidado la ubicuidad del abuso, la deslegitimación de la política institucional y la precariedad de la vida. Es que han aprendido que la política no es capaz de cambiar ese estado de cosas, que debe ser sufrido individualmente; es decir, que ese estado de cosas no se enfrenta con acción colectiva, sino con resiliencia individual.

La ultraderecha ha tenido éxito porque ha sabido interpretar esa desesperanza como una demanda de acción eficaz, respondiéndola. Irónicamente, ella ha sido la única capaz de articular políticamente el reclamo de los perdedores del neoliberalismo. Lo que promete en respuesta es acción eficaz, decidida. Y eso la hace atractiva incluso para quienes no comparten en principio el contenido de su discurso. Por eso es tan importante para la ultraderecha aparecer contrariando lo que hasta hace poco parecían ser consensos civilizatorios (sobre los migrantes, las minorías étnicas, las mujeres, la democracia, la tortura, etc.). Su disposición a impugnar todo ese discurso como una hipócrita «corrección política» es la marca de su honestidad y transparencia: son los únicos que se atreven a decir lo que genuinamente creen.

Mucho depende de que la izquierda sea capaz de impugnar esta apropiación ultraderechista de la desesperanza aprendida. Pero esto no quiere decir que

•

Es necesario un proceso de elaboración conjunta de un programa transformador, un proceso que le dé realidad a ese programa no en las institucionalidades partidarias, sino en la sociedad. Esto supone actuar para restablecer vínculos con la sociedad.

•

sea fácil: se trata de superar una crisis de credibilidad. Lo peculiar de una crisis de credibilidad es que para enfrentarla no sirve *decir* cosas (el escepticismo se comunica a cualquier cosa que uno *diga*). No es que el discurso es indiferente, es que es manifiestamente insuficiente. Una promesa electoral de eliminar el CAE, por ejemplo, no es creíble si no viene acompañada de una explicación de cómo precisamente se puede eliminar el CAE. Parte de lo que exige la tarea de volver a levantar la idea de derechos sociales, en lo que se refiere a pensiones o a salud o a educación, es mostrar que la izquierda tiene propuestas transformadoras técnicamente validadas.

Adicionalmente, el que quiere mostrar que su proyecto transformador es genuino debe mostrarse preocupado de construir la fuerza que puede llevarlo adelante. Y esa fuerza no está en los partidos políticos y sus directivas, sino en una sociedad que mira a esos partidos con cada vez más desconfianza. Hoy, entonces, no se trata de buscar alianzas entre directivas partidarias. Aquí la experiencia de la fallida «Convergencia Progresista» nos muestra en negativo el camino a seguir.

Es necesario un proceso de elaboración conjunta de un programa transformador, un proceso que le dé realidad a ese programa no en las institucionalidades partidarias, sino en la sociedad. Esto supone actuar para restablecer vínculos con la sociedad (y con sus diversas formas de articulación) que hoy están cortados.

Esto, por cierto, es más fácil decirlo que hacerlo. En mi opinión, algunas condiciones necesarias son:

- (a). Un discurso que se sabe interpe-lado, y que responde con una reflexión autocrítica que incluya los aciertos y limitaciones del Gobierno y los partidos de la Nueva Mayoría y de la campaña presidencial de Alejandro Guillier.
- (b). Una agenda transformadora que, sabiéndose impugnada en su credibilidad, es particularmente meticulosa en la validación técnica de las propuestas realizadas. El caso de eliminación del CAE durante la campaña de Alejandro Guillier es otra muestra en negativo de lo que es necesario.
- (c). Dicha agenda debe contemplar una lista corta de medidas destinadas a afirmar la capacidad de acción transformadora eficaz.
- (d). Una renovación de los liderazgos para que quienes asuman la primera línea en este período que viene tengan, respecto del pasado reciente, la libertad de acción que da el no tener que estar constantemente defendiendo sus propias biografías.

¿Es realista pensar que la oposición va a ser capaz de hacer eso en el tiempo que queda antes de las próximas elecciones presidenciales? Como suele ocurrir en cuestiones políticas, el movimiento se prueba andando. El cambio en las formas habituales de acción no es fácil ni rápido, pero, cuando el precio de no hacerlo es quedar progresivamente marginalizado observando la consumación del neoliberalismo, uno esperaría que eso funcione como un acicate que puede ser eficaz. MSJ